

Cuadernillos de poesía Colombiana

11

Ismael Enrique Arciniegas

ESTUDIO DE FERNANDO DE LA VEGA

Ediciones de la revista *“Universidad Católica Boliviana”*

Ismael Enrique Arciniegas

Comenzó a escribir hace más de cuarenta años, al influjo de una escuela literaria que ha desaparecido por completo, y apenas ha dejado una que otra huella sensible. Pertenece Arciniegas a los días aquellos en que se leía aún a Victor Hugo y principiaba a imitarse a Bécquer y a Núñez de Arce, por allá en la octava década del último siglo. Compañeros suyos, por el instante histórico en que albea su desenvolvimiento, se llaman José Asunción Silva, el más aristocrático de los poetas colombianos; José María Rivas Groot, cuya muerte se registró con dolor en nuestros cenáculos literarios; Rivas Frade, aquel ingenio que tuvo el don milagroso de conmover las almas, el divino dón de las lágrimas; Julio Flórez, que se alzó un día con el cetro del cariño y la devoción populares; González Camargo, tan enamorado y seguidor de Bécquer, y otros a quienes puede encerrarse en un ciclo inmediato, anterior a Guillermo Valencia.

Sus primeros versos aparecen en **La Lira Nueva**, un tomo que contiene tiernos ensayos de ilridas noveles, como su título indica, y se editó en 1886 para pregonar las excelencias de varios maestros futuros. Salía Arciniegas de las montañas de Santander e iba a estudiar a la Capital de la República; por ahí nos cuenta él que asistió a la cátedra de Historia del gran José Joaquín Ortiz, que le aleccionó en el arte de la versificación, después de haberle corregido versos de adolescente. Buena escuela esta del insigne panegirista de la bandera colombiana, el cual reunía la disciplina del preceptor y la inspiración auténtica del artista. Al apuntar esta circunstancia, no quiero deducir de ella que el uno y el otro se parezcan ni se empalmen por ningún lado; ambos corrían por cauces distintos, y sólo por vía de dato biográfico la expongo aquí.

Empresario de un periódico, diarista hábil, miembro del congreso nacional, secretario de Legación y ministro ya a lo último, ninguno de esos rasgos le caracteriza tan bien como el de poeta... El periodista es mediocre; el director de corrientes políticas en los cuerpos colegiados, casi nulo; el canciller nuestro en Caracas mostró patriótica acuciosidad, y como diplomático de alto coturno en Francia no creo que resultara poco ni mucho, pues que los problemas a su cargo carecían de esa trascendencia que permítame a nadie halagüeños triunfos. Únicamente como poeta es digno de que se le examine y justiprecie. Figuraría bien Arciniegas en esa clase de autores que, sin producir obras geniales, posee un acervo simpático que satisface los gustos más diversos, sin dejar fallida ninguna esperanza. Apenas habrá composición suya que no esté escrita con gracia y es-

pontaneidad, que no delate a un espíritu delicado, sensible a las emociones estéticas y apto asimismo para transmitírselas a sus lectores. Es de los poetas que todo el mundo soporta y aplaude, aunque a muy pocos entusiasme de veras; por lo mismo que se encuentra ayuno de complejidades psíquicas, no presenta ningún atributo que a unos desespere y a otros halague con demasia. Lo aprecian y leen con fruición las mujeres, tributo envidiable para todo género de artistas, y más los de la rima, que consideran cada lectora como una especie de amorosa conquistada. En este punto, Arciniegas ha sido un afortunado; composiciones suyas hay, como **En Colonia** y **A solas**, que se sostienen en el gusto público desde cinco lustros atrás, y a favor de las cuales ha obtenido una reputación que se conserva ilesa. Su poesía, si no olierá a rancio esto de entrar en clasificaciones tan endeble como las de clásica y romántica, cabría mejor en la segunda, no tanto por el tono de melancolía que la señala, como por el movimiento y la inquietud que la complementa. Entre lo clásico y lo romántico se establecieron diferencias tan marcadas e hizo la crítica de su tiempo distingos tan parciales y hondos, que lejos de favorecer el esclarecimiento de la cuestión, la han embarullado y confundido. Clásico se apellida por el vulgo de las gentes al secuaz de los antiguos griegos y latinos, o de los viejos españoles, y romántico al que desconoce reglas para escribir y gasta un sentimentalismo trasnochado; pero si no temiera ahora salirme del asunto, probaría a demostrar que conceptos tan absolutos en literatura, como en muchos terrenos de la especulación humana, pecan de harto relativos y escurridizos. Lo que existe son matices dentro de una concepción genérica y augusta de belleza. Ni todos los románticos se ufanan de ir contra normas del lenguaje, ni todos los clásicos se distingieron por la virtud opuesta; ni el sentimiento fue privilegio exclusivo de los primeros, como tampoco nota característica de los segundos la sequedad o prosaísmo. El concepto de clásico se ha robustecido, reduciéndose; ya no se califica tal al que busque los remotos vestigios de modelos antiquísimos, sino al que acierte a asir las cualidades propias de su país y de su raza. Esa observación crítica, hecha por don Julio Cejador, muestra un fondo indiscutible de certeza; y él añade, por su parte, que los griegos cultivaron el clasicismo en lo que siguieron las tendencias de su temperamento y reflejaron el carácter de su pueblo, al igual que los latinos, y más tarde los españoles. Dentro de este padrón suyo Calderón de la Barca, Lope de Vega y Cervantes son nuestros clásicos, porque reproducen nuestra índole y copian nuestra psicología. Nadie, en verdad, intentaría un necio reparo a esa acotación; aunque este estrechamiento de la idea no debe excluir la unidad suprema del ser humano, universal, ante todo, y que flota por sobre las fronteras del tiempo —las épocas— y sobre las divisiones territoriales y geográficas, que paran en la patria.

Pero lo que más se aproxima a la noción de clásico, y lo que, a mi juicio, merece que se tome en cuenta, es aquel concierto de las facultades artísticas, que no consiente el desequilibrio ni rompe con la euritmia. El efecto que este concierto produce en el ánimo lo denominaron los griegos *sofrosine*; efecto aquietador de las pasiones, noble sedante del corazón.

Volviendo sobre Arciniegas, observo que sus composiciones satisfacen gustos disímiles, lo que prueba, en resumen, que ha tocado cuerdas que la mayor parte o todos llevan adentro; así, por ejemplo, la poesía **A solas**, que desenvuelve un tema tan roñoso como original y permanente: el del amor que huye y se disipa, falto de los alientos primitivos. ¿Quién

no ha pasado alguna vez en su vida por ese instante del espíritu, en que el ideal desfallece ante los ojos y se torna turbio y amarillento lo que un día soñamos claro y transparente? Es un momento otoñal de nuestro yo, circuido de luz y sombras, que en forma de nubes abriantadas a medias por un sol que yá se puso, nos anunciase la vecindad inminente de la noche. Momento éste que vació Arciniegas en dos versos silenciosamente trágicos:

Ya para qué decirnos: "Todavía"!

Si una voz grita en nuestras almas: "Nunca"!

La nota sentimental se diluye por todo su acervo poético, y es la que por modo constante le ha adquirido tantos lectores y pudiera aparejarle el dictado de romántico; en la mayoría de sus estrofas resuena el coro del amor pesaroso, untando a su obra una tintura peculiar. No obstante ello, no ha hecho de ése el principal objetivo de sus cantos, ni ha descendido a los acantilados de la pasión erótica para descubrirnos nuevas sorpresas en un campo tan viejo y socorrido. Al contrario, de sus inspiraciones capitales que deben recordarse, y que contrasta a las derechas con muchas otras suyas, se distingue la intitulada **Inmortalidad**, dirigida a loar el eterno renacer de las cosas. Destila fe y optimismo esa inspiración de Arciniegas, tomada en globo en un verso inglés que expresa su verdadero fondo: "el universo infinito es vida solamente, y no existe la muerte". Esta poesía colombiana trae a las mentes el "Salmo de vida" de Longfellow, en que el eximio bardo de Norteamérica siembra una lección de fuerza y esperanza, y estimula con vivo acicate las energías humanas.

Su romanticismo no se impregna de aquel tono dulzarrón que empalaga al ánimo más plañidero; se distribuye templadamente, en pequeñas dosis, que nunca sienta mal, y antes, cumple el fin prodigioso que le viene encomendado al arte, como el de encender y pulir nuestra naturaleza por medio de la emoción, el de **espiritualizarla** para mejorarnos y enaltecernos. Otro de sus rasgos consiste en no embutir de paramentos inútiles sus rimas, y manifestarse al respecto con una pulcritud que no es gaje de todos los poetas, y menos en nuestros días. El ringorrango hueco, la expresión falsa de puro hiperbólica, no abundan a lo largo de su repertorio; por eso podrá ufanarse Arciniegas de no experimentar las punzadas del tardío remordimiento que a tantos agujijonea, cuando desvencijados por los años y vecinos a la inanición artística, devuelven la mirada hacia atrás y verifican un examen de conciencia. Entonces pagarían con setenas para borrar lo escrito.

No sólo ha producido Arciniegas originalmente, sino que ha penetrado al huerto ajeno para lucir en su solapa flores lejanas, sobre todo, de las literaturas romances, del francés, del italiano y también del portugués. Victor Hugo, ese inmenso coso lírico en que pastaron innumeradas caravanas de aficionados, le adeuda algunas versiones encomiables; Francois Copée una primorosa (**Padre**), y últimamente Ada Negri, la poetisa italiana cantora del proletariado, unas cuantas asimismo. Sin henchir la hipóbole, pues, sostengamos que alcanzará puesto digno y visible en nuestra antología nacional; porque ahora se califica de orfebre exquisito al que no ha saludado la gramática ni la métrica, y repite cansonamente

lo que otros enunciaron mejor, sonaría a injusto que escatimáramos el adjetivo decoroso a quien ha versificado con elegancia y compostura, en forma que no pone sonrojo a las musas, y con cierto vislumbre de originalidad modesta. A Arciniegas sentaría con veras aquel verso de Musset, que cita Clarín en *Sermón Perdido* para aplicárselo a Manuel del Palacio:

“Mon verre n'est pas trop grand, mais je bois dans nom verre”.

No habrá de sufrir absoluto eclipse el que ha enriquecido nuestro caudal poético con sonetos como *Los Cafetales* y *A Galán* y con otras producciones de indisputable mérito. Lo excelso, lo supremamente excelso, asoma por maravilla, y se oculta más pronto todavía. La humanidad se sustenta de ordinario de lo mediocre, cuando más de lo bueno; y lo óptimo se presenta siempre a título de gracia, más apetecida cuanto menos esperada...

Fernando DE LA VEGA

Inmortalidad

...All the boundless universe,
is life—there are no dead.

J. L. Mc. CREERY

I

A la luz de la tarde moribunda
Recorro el olvidado cementerio,
Y una dulce piedad mi pecho inunda
Al pensar de la muerte en el misterio

Del occidente a las postreras luces
Mi errabunda mirada sólo advierte
Los toscos leños de torcidas cruces.
Despojos en la playa de la Muerte.

De madresevas que el abril inflora,
Cercado humilde en torno se levanta,
Donde vierte sus lágrimas la aurora,
Y donde el ave por las tardes canta.

Corre cerca un arroyo en hondo cauce
Que a trechos lama verdinegra viste,
Y de la orilla se levanta un sauce,
Cual de la muerte centinela triste.

Y al oír el rumor de la maleza,
Mi mente inquiere, de la sombra esclava,
Si es rumor de la vida que ya empieza,
O rumor de la vida que se acaba.

¿Muere todo? — me digo. — En el instante
Alzarse veo de las verdes lomas,
Para perderse en el azul radiante,
Una blanca bandada de palomas.

Y del bardo sajón el hondo verso,
Verso consolador mi oído hiere:
**NO HAY MUERTE PORQUE ES VIDA EL UNIVERSO;
LOS MUERTOS NO ESTAN MUERTOS... NADA MUERE!**

II

No hay muerte! todo es vida!... El sol que ahora,
Por entre nubes de encendida grana
Va llegando al ocaso, ya es aurora
Para otros mundos, en región lejana.

Peregrina en la sombra el alma yerra
Cuando un perdido bien llora en su duelo.
Los dones de los cielos a la tierra
No mueren... ;Tornan de la tierra al cielo!

III

Si ya llegaron a la eterna vida
Los que a la sima del sepulcro ruedan,
Con júbilo cantemos su partida,
;Y lloremos más bien por los que quedan!

Sus ojos vieron, en la tierra, cardos,
Y sangraron sus pies en los abrojos...
;Ya los abrojos son fragantes nardos,
Y todo es fiesta y luz para sus ojos!

Su pan fue duro, y largo su camino,
Su dicha terrenal fue transitoria...
Si ya la muerte a libertarlos vino,
;Por qué no alzamos himnos de victoria?

IV

La dulce faz en el hogar querida,
Que fue en las sombras cual polar estrella:
La dulce faz, ausente de la vida,
;Ya sonríe más fúlgida y más bella!

La mano que posada en nuestra frente,
En horas de dolor fue blanda pluma,
Transfigurada, diáfana, fulgente,
Ya como rosa de Sarón perfuma.

Y los ojos queridos, siempre amados,
Que alegraron los páramos desiertos,
Aunque entre sombras los miréis cerrados,
;Sabed que están para la luz abiertos!

Y el corazón que nos amó, santuario
De todos nuestros sueños terrenales,
Al surgir de la noche del osario,
Es ya vaso de aromas edenales.

Para la nave errante ya hay remanso;
Para la mente humana, un mundo abierto;
Para los pies heridos... ya hay descanso,
Y para el pobre náufrago... ya hay puerto.

V

No hay muerte, aunque se apague a nuestros ojos
Lo que dio a nuestra vida luz y encanto.
¡Todo es vida, aunque en míseros despojos
Calga en raudal copioso nuestro llanto!

No hay muerte, aunque a la tumba a los que amamos
(La frente baja y de dolor cubiertos),
Llevemos a dormir... y aunque creamos
Que los muertos queridos están muertos.

No fue un adiós eterna despedida...
Como buscando un sol de primavera
Dejaron las tinieblas de la vida
Por nueva vida, en luminosa esfera.

Padre, madre y hermanos, de fatigas
En el mundo sufridos compañeros,
Germen fuisteis ayer... ¡hoy sois espigas,
Espigas del Señor en los graneros!

Dejaron su eterna vestidura
Y ya lauro inmortal radia en sus frentes;
Y aunque partieron para excelsa altura,
Con nosotros están... ¡no están ausentes!

VI

Son luz para el humano pensamiento,
Rayo en la estrella y música en la brisa.
¡Canta al aura en las frondas?... ¡Es su acento!
¡Una estrella miráis?... ¡Es su sonrisa!

Por eso cuando en horas de amargura
El horizonte ennegrecido vemos,
Oímos como voces de dulzura,
Pero de dónde vienen... ¡No sabemos!

Son ELLOS... ¡cerca están! Y aunque circuya
Luz eterna a sus almas donde moran,
En el placer nuestra alegría es suya,
Y en el dolor, con nuestro llanto lloran.

A nuestro lado van. Son luz y egida
De nuestros pasos débiles e inciertos,
No hay muerte... Todo alienta, todo es vida!
¡Y los muertos queridos no están muertos!

Porque al caer el corazón inerte
Un mundo se abre de infinitas galas,
Y como eterno galardón, la Muerte
Cambia el sudario del sepulcro, en alas!

El poeta mira al parque

I

La frente apoyo en la vidriera...
El cielo de azul se engalana,
Y en la fúlgida primavera
Canta su canción la mañana.

La mente inclino a lo más hondo
Del alma en campos del Ayer;
Y marchito miro en el fondo
Todo lo que vi florecer.

Soplan auras primaverales
Dando más vigor a los músculos.
¡Aquí las brumas otoñales
Y el silencio de los crepúsculos!

En el parque crece la yerba
Bajo radiante resplandor.
En el alma todo se enerva
Al paso lento del dolor.

Y evoco alegres ilusiones,
Campos azules, abrilfeños;
La juventud con sus canciones
Iba entre rosas y entre ensueños.

Fulgurante el cielo reía:
¡Cuán hermoso era el porvenir!
Vino la tarde en pleno día
Y todo comenzó a morir.

II

La frente apoyo en la vidriera...
Verdes árboles, sol radiante.
¡Juventud!... ¡También primavera
Fuiste del corazón amante!

Días que el alma triste evoca
Alba rosada del amor!
Boca que buscaba otra boca,
Polen que va de flor en flor!...

En jardines primaverales
Las libélulas entre aromas;
Rosas rojas en los rosales
Y destilando miel las pomas.

Y van surgiendo en un ensueño
Amores de la juventud.
Pasan con el labio risueño
En concentro de arpa y laúd.

Entonces... otoño y otoño.
En los rosales de la aurora...
¡Como lenta bruma de otoño
La tristeza bajando ahora!

En el alma, al ensueño abierta,
Algo de antiguo trovador,
Y de la vida en la áurea puerta
Con sus promesas el Amor.

De la luna la luz de plata
Brillaba en el barrio desierto,
Y una canción de serenata
Subía al balcón entrecabierto.

Pendiente la escala de seda
De los barrotes del balcón...
Del pasado ya sólo queda
Un rescoldo en el corazón.

Paseos bajo luz de luna
Por alamedas de rosales;
Dos bocas que el amor aún
En claras noches estivales...

Entonces... cantos, alegría,
Juramentos de eterna fe;
Y ahora, gris melancolía
Del dichoso tiempo que fue.

III

La frente apoyo en la vidriera:
En el parque, vestidos blancos,
Y amantes en la primavera
Bajo los pinos, en los bancos.

Primeros versos a la amada,
Cantos primeros de ilusión...
Son hoy cual queja desolada
En el fondo del corazón.

Tú, flor de la tierra nativa,
De los ojos fuiste embeleso.
Sólo a tu boca, rosa viva,
Le dio la muerte el primer beso.

Cuando se recuerda el pasado
Hay un deseo de llorar.
¡El árido camino amado,
Si se pudiera desandar!...

Sombras doloridas que vagan
Y esperanzas muertas deploran:
Astros que en tinieblas se apagan,
Voces que en silencio lloran!...

A la claridad matutina
Fragante ergúase el rosal...
Ya sobre el agua gris se inclina
La amarilla rama otoñal!

Una palabra... un juramento...
¿Era verdad o era mentira?
Mentira o verdad es tormento
Cuando sola el alma suspira.

Se abría a la luz la ventana
En un radioso amanecer,
La ilusión decía: "¡Mañana!"
Y hoy el corazón dice: "¡Ayer!".

¡Mañana! ¡Ayer! Polos remotos.
Lo que es dolor y lo que salva.
Claros sueños y sueños rotos,
Gris de la tarde y luz del alba.

Y el Amor, que en sombras se aleja,
El alma dice: "¿Volverás?"
Y como una lejana queja
Se oye en el pasado: "¡Jamás!".

La hiedra fija sus raíces
Aun bajo nieve en la piedra.
Recuerdos de días felices:
Sois del corazón... siempre hiedra!

IV

Aromadas rosas de Francia
En los Casinos y en el Ritz;
Rosas que dáis vuestra fragancia
En Montecarlo y en Biarritz.

Reservados de Restaurante;
De vida y de goce ansias locas,
El áureo champaña espumante,
Temblando de ósculos las bocas.

Nervioso espera de la cita,
Penumbra de la "garçoniére",
Fausto a los pies de Margarita
En el rosado atardecer...

Otra... extraño acento de arrullo,
Honda nostalgia en su mirada,
Y severo siempre su orgullo
En su dolor de desterrada.

Su imagen el pasado alegre,
Y fijos en la mente están
Su traje blanco y su capa negra
En las carreras de Longchamps.

Días lejanos de estudiante,
Embriaguez de ideal divino,
El corazón, rosa fragante
En noches del Barrio Latino...

Midineta bulevardina,
Boca roja, frente de lís,
Incitadora, parlanchina,
Jilguero alegre de París.

Y del "Cabaret" la alegría...
¿Era del Rhin o era del Volga?
En su vida un misterio había...
¿Era su nombre Elisa u Olga?

En otra, del vuelo el arranque,
Mirar nostálgico... y pasó!
Muchas veces junto a un estanque
Soñando la luna nos vió.

Tú, mejicana-parisina,
De cabello como aureola
De luz, de sol y habla divina
Entre francesa y española,

En la tristeza de un suspiro
Lejos, a la orilla del mar,
Una margarita aun te miro
Melancólica deshojar.

Húngara triste, flor bohemia,
De ojos, miosotis del Danubio:
¡Cuán adorable era tu anemia
En marco de cabello rubio!

Tus pupilas vagas de Isis
Fingian decir un adlós;
Y casi exangüe por la tisis
Caiste de un golpe de tos...

V

La frente apoyo en la vidriera...
Un claro sol el cielo dora,
Riega rosas la primavera...
El otoño en el alma llora.

Se oye como una voz que ruega,
Como un gemido de laúd...
;Es en la tarde que ya ll
El adlós de la juventud!

La tonada del boyero

A Ricardo NIETO

Ibamos todos al río
En alegre caravana.
Yo, a su lado... La mañana
Era mañana de estío.

Cantando triste tonada
Pasó entonces un boyero:
"Por una mujer me muero,
Pero ella no sabe nada".

Caminando, caminando,
Ella cantaba y reía.
Una flor aquí cogía,
Otra, allá, siempre cantando.

En el sombrero, albos tules,
Y de albo linón vestida,
¡Cómo brillaba la vida
En sus pupilas azules!...

Y lejos en el sendero,
Bajo el oscuro pinar,
se iba perdiendo el cantar:
"Por una mujer me muero..."

Mis ojos se iban tras ella
Mientras vagaba sombrío.
¡Y ella, a la orilla del río,
Entre todas, la más bella!

Al regresar se encendían
Las luces en el poblado.
Yo, en mis ensueños callado,
Y cantaban y reían.

Y pensaba en la tonada
Que oí cantar al boyero:
"Por una mujer me muero,
Pero ella no sabe nada".

En las manos la frente taciturna,
sueño... Sombras. Callada la arboleda.
Todo se ha ido...

En la ciudad nocturna
el rumor de la fuente sólo queda.

VIII. EN LA PLAYA

El mar contra el escollo
una lluvia de lirios parecía,
y entre el susurro del palmar, se oía,
lejos, la queja de un cantar criollo.

Llegaban a tus pies espumas rotas
en cambiantes de luz rosada y lila,
y entre un vuelo callado de gaviotas
se dormía la tarde en tu pupila.

IX. PLAYONES

Un arenal, y otro arenal... Un arco
de bronce ardiente, finge el cielo. El río
se va extendiendo con color de charco
hasta los troncos de un palmar sombrío.

En el agua dormida reverbera
el sol. Y en la aridez de la ribera,
junto a sombría zarza,
esbelta, blanca y sola, cual si fuera
lirio del arenal, se ve una garza.

Cromos

I. EN EL RIO MAGDALENA

Subiendo el barco aceza.
El río, soñoliento. Sol. Pereza.
Inquietud y calor. Bancos, más bancos
de arena. El cielo azul. Bosque y barrancos.

Y sobre el agua turbia que dormita,
y de una y otra playa entre lo verde,
como un blanco pafuelo que se agita,
una garza que vuela y que se pierde.

II. MEDIO DIA

Polvo, cansancio y sol. Y un torbellino
de polvo, y otro... y otro de continuo
en la aridez desierta del camino.

De la montaña en el oscuro flanco,
junto al río, a la luz radia un barranco
de color ocre. El cielo es casi blanco.

Tronco erecto, sin hojas, como una asta
corta el confin. Y en la llanura vasta
el sol refulge, y el rebaño pasta.

III. GRIS

(Sabana de Bogotá).

Cercas de piedra cortan la llanura.
El cielo, gris. Una casita blanca.
En el cerro, unas manchas de verdura,
y abajo, un pozo que el juncal estanca.

El pajonal con un susurro leve
tiembla. Se apaga el horizonte turbio,
y de un techo lejano, en el suburbio
del pueblo, el humo sube lento.

Llueve.

En el campo hay modorra,
y en el límite gris de la pradera,
un carro va por la ancha carretera,
y en el vago crepúsculo se borra.

IV. PENSATIVA

Sobre la falda, la novela. En tosco
banco, de rojo pintador. La queja
de un hilo de agua en el jardín. Semeja
gran búcaro de rosas en el quiosco.

¿Lee o medita?
Y mientras de su falda
resbala lentamente la novela,
la tarde, rosa y gualda,
en su pupila azul se aterciopela.

V. MARINA

Listo a zarpar el barco
sopla como si fuera enorme fuelle.
Al puerto, cielo y mar forman un marco
azul. Despierta entre el bullicio el muelle.

En la desierta playa
una palmera el horizonte raya.

Peces, al sol vivaces
las escamas, del mar los alcatraces
rápidos sacan. Negro el humo asciende

Van en bandadas pájaros fugaces.

Y blanca vela hiende
la trémula bahía, mientras fragua
el sol, que vivo esplende,
como un jardín en el cristal del agua.

VI. EL ANOCHECER

Canta la fuente en el jardín. La tarde
se apaga, seda y oro, y una nube
en el ocaso entre arrebales arde.
Baja la noche. El pensamiento sube.

En torno, sombras. Entra
todo en reposo. El bosque es negra mancha.
La visión del espíritu se ensancha,
y el alma en el recuerdo se concentra.

La flauta del pastor

Una flauta en la montaña...
Es la flauta del pastor...
La luna los campos baña...
¡Vuelve el antiguo dolor!

Esa música que viene
Un recuerdo a despertar,
¡Cuán honda tristeza tiene!
¡Cómo hace a solas llorar!

Cogiendo en el huerto flores
Una mañana la ví.
La misma canción de amores,
Cogiendo flores, le oí.

Tocando, en la noche en calma,
Su flauta sigue el pastor,
Llora el recuerdo en el alma...
¡Volvió el antiguo dolor!

En el silencio

.Cortina de los pilares
Es la enredadera verde.
¡Cuán se amontonan pesares
Cuando la ilusión se pierde!

¿Ya olvidaste la canción
Que decía penas hondas?
De un violín el grato són
Se oía bajo las frondas.

Suspendidas del alar
Lucía mata de flores.
¿Ya olvidaste aquel cantar,
Cantar de viejos amores?

De noche en el corredor
Te hablaba siempre en voz baja.
¡Cómo murió nuestro amor!
¡Qué triste lá noche baja!

Por el patio van las hojas...
En sombras está el salón...
¡Qué tristes son las congojas
De un herido corazón!

Abanicos de museo

*J'aime les éventails fanés
Dont le lointain passé chagrine.*

MAX WALLER

Bajo cristales, en vitrinas,
reposando estáis olvidados,
abanicos de sedas finas
en lejanos tiempos bordados.

Y os abris, en un sepulcral
silencio, en fondo carmesí,
a la luz de tarde otoñal,
en el Museo de Ciuny.

Y al pensar en lo que no existe,
encanto ayer y hoy desengaño,
decir parece el alma triste:
“¿Dónde están las nieves de antaño?”

¿En cuáles manos marfilinas
lucirían vuestros encajes,
en dulces citas vespertinas
bajo los trémulos boscajes?

Corte de los Luises de Francia,
reverencias ante el estrado...
¡Abanicos! ¡Sols la fragancia
que va surgiendo del pasado!...

Fragancia que se desvanece
en ideal mundo risueño,
mientras el alma se adormece
en una bruma azul de ensueño.

Al veros, llegan a la mente
ecos de fiestas cortesanas,
cuando os plegábais lentamente
como al compás de las pавanas.

“¡Delfin! ¡Callad, os lo suplico!”
decía la rubia Marquesa,
y en tanto, tras el abanico,
reía una boca de fresa.

Restos de antigua aristocracia
que llevó del tiempo el turbión.
¡Cómo os abrirías con gracia
en los jardines del Trianón!

(ABANICOS)

¡Y qué encantadores secretos
guardaréis de épocas remotas,
cuando en Versalles, los minuets
alternaban con las gavotas!

Abanicos de sedas finas
que durmiendo estáis olvidados,
desde el fondo de las vitrinas
¡cómo evocáis tiempos pasados!

Español aventurero

Si escudo no me véis de roja barra,
señora Encomendera de Pasquilla,
pechero os juro que no fui en Sevilla,
cual Pero Antúnez mentiroso narra.

Combati contra el moro en la Alpujarra,
fui a Flandes con los tercios de Castilla,
y lo mismo que esgrimo la cuchilla
punteo en el estrado la guitarra.

En mi linaje y mi valor fiaos,
que esta gente locuaz santafereña
enredos siempre en los corrillos forja;

y si el fin no sabéis de los Pijaos,
preguntad, doña Elvira, a vuestra dueña
lo que dice de mí don Juan de Borja.

El cacique Chanchón

Quando de Macaregua ya Galiano volvia,
sin caballos y sólo con treinta arcabuceros,
Chanchón salió a encontrarlo con todos sus guerreros.
El campo, con la lluvia, pantano parecía.

Agua en las cazoletas de las armas caía;
y cuando desnudaban, en fila, los aceros
resueltos al combate, de pronto los flecheros
del Cacique cercaron la hispana infantería.

Chanchón avanza. Lleva peto de oro lucente;
su collar, de colmillos de tigre; y en la frente
aros entrelazados con vívida esmeralda;

y viéndolos a todos por la lluvia transidos,
mudos los arcabuces, y rotos los vestidos,
les clavó alrados ojos, y les volvió la espalda!

La hija del virrey

En el Palacio virreinal, un día
bordando estaba, al lado de su dueña,
el blando velo de un altar, risueña,
la hija del Virrey, doña Mencía.

Y el doncel don Beltrán, señor de Chia,
de Cajicá y Sepó, como quien sueña
miraba en la almohadilla de estameña
que un alfiler y otro alfiler hundía.

Y temiendo el enojo de su orgullo,
le dijo don Beltrán con voz de arrullo:
—¡Cuántos quisieran ser vuestro acerico!...

Dejó el bordado, se encendió en sonrojos,
y un fulgor de relámpago en sus ojos
pudorosa escondió tras su abanico.